

La calle para el martes 19 de abril de 2011
Diario de un espectador
Campobello, Castellanos, Garro
Miguel ángel granados chapa

La doctora Lucía Melgar presenta una comparación entre la literatura de Nellie Campobello, Rosario Castellanos y Elena Garro, en su examen sobre la violencia y las mujeres, aparecido en el número de abril y mayo de la revista Ibero. Ayer dijimos que en los relatos provillistas de la primera escritora, que olió la pólvora de las batallas de la Revolución mexicana, “la presencia de la mujer es secundaria, mientras que en Garro y en Castellanos la mirada crítica se centra en la condición de las mujeres y de los menos poderosos” y que en la escritura de ambas “las manifestaciones de la violencia no se fragmentan ni aíslan, se enlazan de modo que puede captarse la interrelación de las dimensiones sociales, políticas, personales y sus efectos. Puede entenderse así también la complejidad de este amplio mecanismo destructivo que abarca desde el marco cultural de la pobreza y la desigualdad, hasta los matices de un gesto que estigmatiza o condena, sin olvidar los actos cotidianos de despojo, censura y opresión.

“Tal vez la obra más leída de las ya mencionadas es *Oficio de tinieblas*, novela considerada indigenista que puede leerse como histórica y feminista. Más allá de etiquetas más o menos relevantes, esta obra puede leerse hoy como una extraordinaria reinterpretación crítica de las relaciones de dominio y de la incomunicación que en la historia de México han contrapuesto, y aún contraponen, a los grupos étnicos, a hombres y mujeres. En el siglo XXI que se ha iniciado con una siniestra resignificación del odio religioso, las manipulaciones ideológicas que Castellanos desmonta y expone cobran también una importancia particular.

“En un presente en el que las cifras de asesinatos se van acumulando como si esa expansión de la muerte no incidiera en el día a día de los vivos, la mirada ingenua y descarnada de la narradora-niña de *Cartucho*, nos obliga a ver el horror de enfrente: ‘Vimos unos quemados cerca del quiosco, hechos chicharrón, negros, negros, uno tenía la cabeza cerca de las rodillas’. Nos obliga también a reconocerlos en la aceptación de la violencia como hecho cotidiano, aunque a veces el terrible espectáculo resulte estremecedor. ‘Al ver un bulto pegado a la pared, corrimos; estaba boca abajo, el cuello revuelto, sucio, las manos anchas, morenas, las uñas negras. Tenía en la espalda doblado un sarape gris; se veía ahogado de sangre, se me arrugó el corazón’ (Campobello) Ante el cadáver de un hombre admirado, la niña se distancia, negando sus sentimientos hacia él. Sobrevivir, parece sugerir la autora, es en gran medida reconocer y olvidar, en gran medida, lo que se ha perdido.

“La muerte que puebla la literatura mexicana del siglo XX no se debe solo a conflictos políticos y sociales, aunque entre sus páginas más

perdurables se encuentren las de Azuela, Muñoz, Rulfo y la propia Castellanos. Como percibe con particular lucidez Elena Garro, la violencia social y política está estrechamente ligada a la agresión interpersonal que, a su vez, retroalimenta la violencia social.

“Aunque este tema amerita mayor atención, para completar estas reflexiones sobre la visión crítica de algunas escritoras del siglo XX mexicano, quisiera destacar la tremenda belleza de las dos piezas de teatro donde Garro expone la violencia contra las mujeres como expresión de un odio tolerado si no es que fomentado por el discurso social”